



# Date el Gustazo

Silvia García Ruiz

Eric, Mike y Gavin son los dueños de la peculiar agencia Date el Gustazo, que se encarga de organizar citas para personas que desean ser infieles, así como de proporcionarles cuanto necesiten para pecar. Pero ¿qué ocurrirá cuando acudan a ella tres singulares mujeres que los hagan dudar de su negocio?

Sigue a Abby en sus intentos por dejar de recibir los servicios que sus amigas le han contratado cuando su novio le es infiel.

Asiste al primer juicio que llevará adelante Grace después de su difícil divorcio, un caso que la obligará a enfrentarse a una empresa que promueve la infidelidad.

Conoce a Bambi y observa cómo su empeño por averiguar si su padre engaña a su madre la llevará a meterse en la boca del lobo.

## Índice de contenido

Cubierta

Date el Gustazo

Prólogo

Primer infiel: Eric Evans

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segundo infiel: Mike Rose

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Tercer infiel: Gavin Smith

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Referencias a las canciones

Sobre la autora

## Prólogo

En uno de los elegantes balcones perteneciente a una de las caras y exclusivas habitaciones de un famoso hotel localizado en el corazón de Chicago, Eric Evans maldecía su mala suerte.

—¿Cómo coño he acabado así? —se preguntó el joven de diecinueve años, que sentía que cargaba sobre sus espaldas con un sinfín de problemas.

Furioso, volvió a maldecir entre susurros para no ser descubierto mientras su desnudo trasero se helaba en el balcón de la lujosa habitación de ese rascacielos diseñado por algún conocido arquitecto donde trataba de resguardarse del frío con una liviana sábana de seda que no lo abrigaba en absoluto.

—¡Joder, nadie puede ser tan idiota como yo! —exclamó con rabia en un momento dado, mientras sus dientes castañeteaban.

Y verdaderamente así lo creía Eric, hasta que sus lamentaciones fueron interrumpidas abruptamente.

—¡Buenas! —lo saludaron de pronto dos individuos que se encontraban en los balcones situados junto al suyo con la misma escasez de vestimenta.

A su derecha, un hombre rubio vestido con una apretada bata rosa se reía de la sábana que Eric se había colocado a modo de toga romana. Por su parte, a su izquierda, un

tipo moreno con un aspecto intimidante disfrutaba despreocupadamente de un cigarrillo con una pequeña toalla anudada a la cintura.

—¿Qué? ¿Tú también eres «el otro»? —preguntó cínicamente el moreno, ofreciéndole una de las cervezas que tenía en el balcón.

—¡Bienvenido al club, chaval! —apuntó el rubio aproximándose a su barandilla y arrebatándole la cerveza que Eric había aceptado de su vecino de penurias.

—Creo que está un poco perdido y no sabe de qué estamos hablando... —opinó el sujeto moreno antes de presentarse a sí mismo y a su compañero de brillante sonrisa—. Yo soy Gavin, y esta princesita de color de rosa es Mike.

—Bueno, no pasa nada: yo se lo explico. Verás, eh... —intervino el tal Mike con un persistente gesto de su mano en dirección a Eric, apremiándolo a que les dijera su nombre para saber así cómo llamar al nuevo incauto que era igual de idiota que ellos dos.

—Eric Evans —declaró este, sin importarle demasiado revelar su identidad, ya que dudaba mucho que, después de esa noche, volviera a toparse con esos extraños individuos.

—Muy bien. Pues verás, Eric, nosotros somos los amantes de las adineradas señoras que se encuentran en el interior de esas lujosas habitaciones y que en estos instantes están fingiendo... —en ese momento su discurso fue interrumpido por unos exagerados gritos provenientes de la *suite* de la que él había salido—, de manera terrible, todo hay que decirlo; que están gozando en manos de sus viejos maridos, cuando lo cierto es que cada vez que quieren divertirse y, claro está, incurrir en el pecado de la infidelidad, nos llaman a nosotros para que les alegremos el día. Por desgracia, en más de una ocasión nos toca acabar con el culo al aire, como ahora, cuando sus desconsiderados y cornudos esposos llegan antes de tiempo.

—Al parecer, Martha ha encontrado a un nuevo incauto con el que jugar —intervino Gavin—. Debe de haberse aburrido del anterior.

—Sí —respondió Mike—. Y ya sabes que esas tres locas siempre cazan en manada, por lo que no descartes que muy pronto seamos nosotros los apartados.

Mientras los dos cuestionables sujetos seguían conversando e ignorando a Eric, innumerables preguntas se agolparon en su mente, llevándolo a cuestionarse qué demonios hacía él allí y cómo narices saldría de ese lío.

—¿Me podríais explicar qué está pasando? —inquirió decidido a averiguar cuándo dejaría de helarse el culo en el balcón, algo que dedujo que llevaría su tiempo cuando oyó que, desde la habitación en la que unos minutos antes había estado disfrutando de un tórrido sexo, salían unos muy mal fingidos gritos de placer provenientes de una aburrida mujer que, por lo visto, estaba casada—. Yo solo acepté las llaves que puso en mis manos una desconocida en el bar del hotel. Y ahora me encuentro congelándome en un balcón junto a dos tipos que, por lo que veo, han sido tan idiotas como yo.

—¡Oh, qué atrevido! —bromeó Mike, poniendo voz femenina, mientras Gavin censuraba sus palabras con una dura mirada.

—Lo que está pasando, amigo mío, es que has aceptado ser el amante de una mujer rica que posiblemente te colmará de caros regalos hasta que se canse de ti y decida tirarte a la basura —contestó Gavin para luego ignorar al joven y seguir conversando con su amigo, con el que, sin duda, había vivido más de una aventura como esa—. En serio, no me importa acostarme con ella, incluso acceder a sus pervertidos jueguecitos, pero ¿no habría una manera de hacerlo sin que se me congelaran las pelotas?

—Opino lo mismo, tío. ¡Estoy hasta las narices de usar estas finas batas que no tapan ni abrigan nada!

—Bueno, esta vez he sido previsor —declaró Gavin, mostrando un pequeño neceser donde llevaba su cartera y su teléfono móvil.

—¡Sí, señor! Seguro que, cuando te pasees en pelotas por el vestíbulo de este lujoso hotel, lo primero que se preguntará la recepcionista es dónde llevas guardada la cartera.

—Olvidar la ropa ha sido un lapsus, pero no te preocupes: dentro de diez..., no, de cinco minutos —anunció Gavin mirando la hora en su móvil—, todo habrá acabado y podremos irnos a casita huyendo por mi habitación.

—Pero... ¿y mi ropa? ¿Mi cartera? ¡¿Mi móvil?! —se quejó Eric cuando Mike lo apremió a que saltara al balcón donde se hallaba Gavin.

—Tío, olvídalo: a estas horas, todas tus pertenencias habrán desaparecido de esa habitación. Las habrán tirado por la ventana, a la basura o, si tenemos suerte, tal vez las hayan enviado a la sección de lavandería, donde, quizá, podríamos recuperarlas mañana. Aunque te advierto que eso ocurre en muy contadas ocasiones.

—¡Pero lo que llevaba encima era todo lo que me quedaba! —manifestó Eric desesperado al recordar su lamentable situación, pues, a sus diecinueve años, sin trabajo, con apenas un graduado escolar y después de que su padre muriera y un prestamista al que este le debía dinero no dejara de perseguirlo, ya no le quedaba nada.

—No te preocupes: ellas siempre saben recompensar estas pequeñas molestias —dijo Gavin, mostrándole su caro reloj mientras urgía a Eric a seguir las instrucciones de una atractiva mujer que, ataviada con una insinuante bata, les hacía señas desde la puerta del balcón para que entraran en la estancia.

Como su única otra opción era quedarse fuera helándose de frío mientras oía cómo terminaba el lamentable encuentro sexual de la pareja que ocupaba el cuarto del que



él había salido, Eric no dudó en seguir a esos dos hacia el interior.

Sus pasos lo llevaron hacia una lujosa *suite* del prestigioso hotel. Pasaron por un amplio salón decorado con un estilo minimalista en donde los espacios abiertos cobraban cierto protagonismo sobre los elegantes muebles blancos y negros y los caros cuadros que adornaban las paredes hasta llegar junto a la mujer, que, al contrario de lo que Eric había creído, no los condujo directamente a la salida, sino que los llevó hacia el dormitorio, una estancia decorada con tonos cálidos en donde un hombre de mediana edad, con un orondo cuerpo y una gran calva, dormía despreocupadamente en el revuelto lecho mientras mostraba una incauta sonrisa.

Tras pasar silenciosamente junto al hombre, Eric se compadeció de él. Pero solo hasta que vio las escasas vestimentas que les tendía la mujer para que salieran indemnes de esa situación. Entonces fue cuando pasó a compadecerse de sí mismo.

—Bueno, por lo menos en esta ocasión no es una simple toalla —declaró Mike, cogiendo despreocupadamente el grueso y blanco albornoz del hotel para ponérselo sin vergüenza alguna delante de esa mujer que los apremiaba a salir de la estancia.

—¿Y mi ropa? —preguntó Gavin con seriedad, bastante enfadado, mientras se ponía el albornoz por encima de la toalla que llevaba.

—La tiré por la ventana —declaró ella sin ninguna consideración, ante lo que Gavin solo respondió con un grave gruñido y una firme mirada, con la que la mujer se estremeció.

—La próxima vez te castigaré por ello —anunció rudamente él, lo que hizo que Eric se hiciera una idea del tipo de juegos de los que disfrutaban.

—¿Y por qué no ahora? —preguntó insinuante la mujer mientras introducía sensualmente una mano por dentro de

su albornoz.

Gavin respondió a los avances de su amante dándole una fuerte cachetada en el trasero, y cuando la mujer comenzó a gemir y a refregarse contra su mano, Eric, sin perder el tiempo, se apresuró a coger el albornoz que le habían ofrecido unos segundos antes y se dispuso a salir de la habitación con celeridad, especialmente después de observar una enorme pistola que descansaba en la mesilla de noche, junto al durmiente esposo, que no dudaría en probar su puntería con los hombres desnudos que invadían su habitación si se despertaba de su plácido sueño.

—¡Oh! No te preocupes, chico: ¡ese no se despierta ni aunque pase un camión por su lado! —anunció Mike al adivinar los pensamientos de Eric mientras se sentaba desvergonzadamente en uno de los sillones próximos a la cama a la vez que intentaba silenciar los ronquidos del hombre con un molesto ruido—: Tsst, tsst...

—¿No crees que sería mejor que nos marcháramos antes de que la cosa comience a complicarse aún más? —inquirió él, cada vez más nervioso.

—Tú relájate... —dijo Mike, tomándose todo a broma.

—¿En serio me estás diciendo que me relaje en unas circunstancias como estas? —preguntó Eric incrédulo mientras le señalaba a Mike al marido y su pistola e intentaba, al mismo tiempo, ignorar cómo comenzaba a caldearse la situación entre la mujer y Gavin, que no hacían demasiados esfuerzos por acallar sus voces.

—Vamos, no te pongas nervioso —insistió Mike, incrementando la intranquilidad de Eric cuando, mientras hablaba, le arrebató la almohada al marido para taparlo, mitigando sus ronquidos con ella—. ¿Quieres que nos hagamos una foto conmemorativa? Podrías guardarla y titularla: «La primera vez que me congelé el culo». ¡Ah, mierda! ¡No tengo el móvil! Espera un momento, que ahora vuelvo —anunció.

A continuación, pasó despreocupadamente junto a Gavin y cogió el neceser que este había dejado en el suelo para hacerse con el teléfono de su amigo. Y, tal vez porque sus manos estaban demasiado ocupadas en esos instantes, a Gavin no pareció importarle mucho.

Cuando regresó junto a Eric, Mike posó a su lado con una jovial sonrisa. Y, como si fueran amigos de toda la vida, propuso a la cámara con voz jocosa:

—Di «infieeeeel»...

Tras tomarse un par de decenas de fotografías en las que Mike salía posando como un modelo y Eric aparecía con la mandíbula desencajada, pensando que era el único cuerdo de esa habitación, oyeron varias sonoras cachetadas y los escandalosos gritos de éxtasis de una mujer que, increíblemente, no despertaron a su esposo. Gavin no tardó demasiado en reunirse con ellos mientras se abrochaba fuertemente el albornoz, tras lo que, con una mirada reprobadora, le arrebató a Mike su móvil.

—¿Cuántas veces te he dicho que no toques mis cosas?  
—preguntó rudamente, devolviendo sus pertenencias al neceser.

—¡Uy! ¿Es que a mí también vas a castigarme? —se burló Mike, imitando una falsa voz de mujer.

—No eres lo suficientemente guapo para mi gusto. Ni tienes bastante dinero —replicó Gavin, molesto con las idioteces de su amigo, para luego anunciar despreocupadamente—: Hala, ya nos podemos largar.

—Pero... ¿cómo lo hacemos? —preguntó Eric, confundido con el caos en el que había acabado convirtiéndose esa noche en la que tan solo había tratado de evadirse de sus problemas y, sin proponérselo, había encontrado en su camino muchos más.

—¿Cómo va a ser? ¡Por la puerta! —concluyó Gavin con firmeza mientras abría y salía caminando por el pasillo como si el mundo le perteneciera.

—Tú camina despacio y con la cabeza bien alta. Y ve justo detrás de Gavin: don Gruñidos acojona a todo el mundo con la mirada y nadie se atreve a preguntarle nada.

La respuesta de Gavin ante las palabras de Mike fue un nuevo bufido, y como Eric no conocía otro modo de salir de la espantosa situación en la que se encontraba, finalmente hizo caso a esos alocados sujetos, que, a pesar de estar llevando a cabo una vergonzosa acción, se pasearon por el vestíbulo del hotel como si nada.

Increíblemente, nadie se interpuso en su camino hacia la salida, y hasta el portero del edificio les abrió amablemente la puerta del taxi, como si fueran otros de sus más respetables clientes. Gavin extrajo de su cartera una propina desproporcionada y con ello acabó con los posibles cotilleos del empleado, así como con las protestas del taxista cuando este se percató de que su vehículo lo ocupaban tres hombres casi desnudos.

Cuando los tres se encontraron apretujados en la parte trasera del taxi, Gavin dio al conductor la dirección de una de las zonas más lujosas de la ciudad, haciendo que Eric se preguntara a qué se dedicaban esos tipos, además de acostarse con mujeres adineradas, claro estaba.

—¿Adónde te llevamos, Eric? —preguntó Mike con despreocupación, planteándole una cuestión a la que él no sabía responder porque su vida, en esos instantes, era un completo desastre. Y después de la rápida huida del hotel, en donde habían desaparecido las pocas pertenencias de que disponía, Eric ya no tenía nada.

Como si Gavin hubiera leído sus pensamientos y sospechara de todos los problemas que lo rodeaban, lo observó detenidamente con una de sus frías miradas y anunció como si todo estuviera decidido:

—Se viene con nosotros.

Mike no protestó, sino que, en lugar de ello, se limitó a arrebatarse de nuevo el teléfono a su amigo e hizo que los

tres juntaran sus cabezas en el interior del estrecho coche para hacerse una fotografía.

—¡Decid «infieeeeel»...! —exclamó Mike. Y, para el asombro de Eric, el serio ceño de Gavin dejó de estar fruncido. Entonces, siguiendo el ejemplo de su amigo, posó junto a él como si todo eso tan solo fuera un juego para ellos.

Esa noche, mientras el taxi lo llevaba hacia un lugar desconocido en compañía de esos dos peculiares personajes, Eric no pudo evitar reflexionar acerca de cómo había sido su lamentable vida hasta entonces. Con su hermoso rostro y su atractiva apariencia, acompañados de una precaria situación e infinidad de problemas, siempre había sido para las mujeres una persona con la que pasar el rato. Y aunque nunca había buscado nada serio con ninguna mujer, tampoco ninguna de ellas se lo había propuesto. En definitiva, Eric se daba cuenta de que siempre había sido «el otro», por usar las palabras de Gavin. Indagando acerca de lo que pensaban sus nuevos amigos sobre las relaciones, les hizo la pregunta que rondaba por su mente.

—¿Creéis que todas las mujeres son infieles? —inquirió recordando el abandono de su madre y a las locas chicas que en el instituto solamente sabían verlo como un muchacho con quien jugar aparte de sus novios.

—¡Por supuesto! Es su naturaleza... —declaró Mike sin dudarle mostrando una cínica sonrisa.

—No solo las mujeres, chaval: todos acabamos aburriéndonos en alguna que otra ocasión de estar con la misma persona a nuestro lado día tras día —repuso solemnemente Gavin, dándole una nueva calada a su cigarro, a pesar de la reprobadora mirada del conductor.

—Ojalá hubiera una manera menos peligrosa de disfrutar de una infidelidad. ¡Con lo agradable que sería cumplir todos los deseos de las mujeres que quisieran incurrir en este pecado sin tener que estar pendiente cada dos por tres de salir corriendo por la ventana! —se quejó Mike.

—Sí, claro... ¿Por qué no ponemos un anuncio en el periódico y esperamos sentados a que las señoras nos llamen? —replicó Gavin irónicamente—. ¡Ah, claro! Tal vez porque en ese caso los únicos que aparecerían serían sus maridos, armados hasta los dientes.

—¡Ya lo tengo! ¿Por qué no montamos una empresa para enseñar a otras personas a ser infieles y nosotros somos los atractivos profesores? —propuso jocosamente Mike, golpeándose una mano con el otro puño como si hubiera tenido una brillante idea.

—¡Ah, genial! ¿Y cómo la llamaríamos? —se burló Gavin, riéndose de la estúpida idea de su amigo, que, como siempre, tan solo bromeaba.

Fue en esos instantes en los que la loca idea de un escandaloso negocio se abrió paso en la mente de Eric como un fogonazo, llevándolo a replantearse de qué manera podría recuperar las riendas de su vida.

—Date el Gustazo... —propuso, lo que hizo que sus nuevos amigos estallaran en carcajadas, dándole así la bienvenida a su club de infieles, donde la fidelidad estaba sobrevalorada cuando se trataba de pecar, y el amor, para ellos, solamente era un cuento para crédulos.

O eso, al menos, era lo que pensaban...

## Primer infiel: Eric Evans

La primera vez que os engañe será culpa suya; la segunda vez, será vuestra... Señoras, dejen que la tercera sea culpa nuestra.